

cia y de la necesidad de interdisciplinariedad y complementariedad en sus aportaciones.

A partir de aquí hay 100 páginas dedicadas a la psicología de la ciencia, lo que supone, posiblemente, la aportación más importante de esta obra dada la ausencia en castellano de literatura sobre el tema, salvo trabajos aislados en revistas como el de Iñiguez y Palli (2002) sobre la Psicología social de la ciencia.

Esta disciplina emergente tiene, sin embargo, bastantes estudiosos en EEUU, donde, desde los ochenta se han publicado obras de gran calado como el estudio pionero de Tweney, Doherty y Mynatt (1981), *On scientific thinking*; el libro ya clásico de Gholsen y col. (1989), *Psychology of science: Contributions to metascience*, o el reciente de Feist (2006), *The Psychology of science and the origins of the scientific mind*, entre otros, amén de una gran cantidad de artículos de ensayo e investigación, desde perspectivas psicológicas, desde las ciencias cognitivas —destacar aquí los trabajos de Giere— o desde la colaboración con otras disciplinas meta-científicas. La reciente creación de la International Society for the Psychology of Science and Technology da cuenta de la importancia creciente de la disciplina. Correlato de ello es lo oportuno de la publicación del libro de Manuela Romo que aquí reseñamos.

Romo, después de resumir brevemente la breve historia de la psicología de la ciencia y de revisar sus áreas de estudio, se centra en los tres tópicos que más atención han recibido por parte de los psicólogos: el sesgo confirmatorio en la contrastación de hipótesis y teorías, el cambio paradigmático entendido como cambio conceptual y la creatividad científica.

Muy sugerente resulta el último capítulo sobre creatividad científica —tema que la autora ha trabajado en publicaciones previas—. De forma muy atractiva nos presenta un retrato robot del científico creativo desmitificado de falsas concepciones como las

teorías implícitas de la gente de la calle o la dicotomizada de héroe/villano que tan a menudo se utiliza en el cine. Desgrana las funciones mentales implicadas en la creatividad; después habla de las características no cognitivas donde el papel más destacado se lo concede a la motivación intrínseca responsable del incommensurable amor hacia su trabajo del creador y de su perseverancia y resistencia al abandono en la cara del rechazo, el desprecio o la falta de reconocimiento a sus avances. El interés que para la psicología de la ciencia tiene un tema como éste, lo declara la autora en las palabras finales del libro: «... ha sido la labor de muchas personas con un perfil psicológico como el que acabo de dibujar, la de científicos creativos, la que ha hecho evolucionar a la especie del *homo sapiens*. Ellos son los que nos han llevado desde las cavernas hasta Saturno». Demos, pues, la bienvenida a una obra que, de manera muy oportuna, ha sabido conectar los campos y los métodos de la psicología y la epistemología.—IGNACIO GONZÁLEZ.

ROMÁN ALCALÁ, RAMÓN, *El enigma de la Academia de Platón. Escépticos contra dogmáticos en la Grecia clásica* (Córdoba: Berenice, 2007). 206 pp.

La herencia platónica fue disputada desde un inicio y no dejó de serlo porque no había instancia capaz de resolver el pleito en un sentido u otro. Tener presente tal pugnacidad es una buena manera de enfrentarse los estudios platónicos, sobre todo a la pretensión de aquellos que se presentan como poseedores del verdadero Platón. Una de las vicisitudes más interesantes en la primera recepción de Platón fue aquella que se realizó sobre el sentido adecuado de su enseñanza en el interior mismo de la Academia que, junto con los diálogos, era una de las *herencias* platónicas. La obra de Ramón Román Alcalá pretende aclarar qué pasó en la Academia para que se estableciera en ella una cierta clase de escepticismo de raíz socrático-pla-

tónica. La tesis que defiende el autor es que en un contexto feroz de lucha entre escuelas y sobre todo contra el estoicismo, Arcesilao recuperó, sin deformar el pensamiento de Platón y con finalidades didácticas, todos los elementos escépticos que pertenecían a la propia tradición socrático-platónica. El resultado fue primar uno de los rostros de Platón en detrimento de otros posibles. De esta aventura y de sus consecuencias trata precisamente el libro que comentamos de Ramón Román, *El enigma de la Academia de Platón*, quien ya nos había ilustrado sobre el escepticismo antiguo en una obra anterior: *El escepticismo antiguo: posibilidad del conocimiento y búsqueda de la felicidad* (Universidad de Córdoba, 1994).

En esta primera obra, el autor ya nos había proporcionado de manera muy clara la génesis y la naturaleza del movimiento escéptico. Partía en primer lugar de una aproximación crítica a las fuentes del pirronismo (Timón de Fliunte, Cicerón, Aulo Gelio, Sexto Empírico y Diógenes Laercio), valorando las aportaciones documentales de cada una de estas fuentes. Seguía después, a modo de prolegómeno, la formulación de una hipótesis para una lectura escéptica de la filosofía griega y habilitar así la posibilidad de repasar unos antecedentes pre-helenísticos del escepticismo. Establecida la hipótesis, el autor nos mostraba la sucesión de estos antecedentes: Jenófanes, Parménides, Gorgias, Demócrito, Protágoras, para acabar con Metrodoro de Quíos, Anaxarco y Nausífanos. Finalmente, esta línea se consagraba con la radicalización definitiva de la conciencia escéptica en Pirrón de Elis.

Puede que sea necesario recordar que cuando las filosofías helenísticas desplegaron sus propias batallas para ganarse un lugar en el combate entre las escuelas, las filosofías presocráticas eran ya por entonces sólo unos restos ruinosos (o meros fragmentos). De estas últimas batallas, a su vez, sólo conservamos fragmentos y restos ruinosos. Es indispensable, pues, una

especial finura en el uso de las metodologías históricas y filológicas para moverse en estos terrenos, cualidades que los trabajos de Ramón Román demuestran.

En su éste su último libro, titulado muy sugerentemente *El enigma de la Academia de Platón*, el autor empieza delimitando las diferencias entre el escepticismo académico y el escepticismo pirroniano, demarcándose de la hipótesis que hacía confluir las dos tradiciones dentro de la misma Academia. A partir de este momento, establecida la singularidad e independencia de Pirrón, pasa a reseguir los filósofos académicos que se destacaron a partir de este momento y valorar su filosofía desde una perspectiva «escéptica». El escepticismo, más que una doctrina, es un «hecho problemático», una actividad que se despliega en una de las más potentes tradiciones filosóficas. El escéptico debe reconocer las debilidades del propio escepticismo, porque ¿cómo dudar sin poner en entredicho la propia duda? El escepticismo se postula como una purga radical, y siguiendo el símil médico, el purgante también se evacua, aun cuando debe conservarse la integridad de aquello que es necesario purificar. Dentro del marco de la filosofía griega, tal y como se ha constituido desde la hermenéutica posterior, dos tradiciones se sitúan claramente en la corriente escéptica: la académica y la pirrónica. Para los contemporáneos de los académicos sólo existía un escepticismo, precisamente el de la Academia. Ni Pirrón ni Timón se consideraran escépticos, y su encuadre en el marco del escepticismo corresponde al académico Enesidemo, que se ve obligado a buscar el «fundador» del escepticismo toda vez que la Academia ha tomado una deriva que la sometía a los dictados del escepticismo.

Para Pirrón de Elis, la indiferencia era una terapia: protagonizó un cambio crucial porque fue el primero que consiguió que la capacidad escéptica resultara independiente de cualquier dogma filosófico. La filosofía no se resolvía en una *teoría del*

conocimiento, sino en una *actitud vital* ante las creencias. Su vida resulta ser el ejemplo que es asumido por los discípulos como contribución filosófica principal: una vida sin creencias que resume el paradigma escéptico de no profesar ningún tipo de norma o de conjunto de creencias —meramente un patrón de comportamiento para vivir rectamente—. Vivir sin creencias conduce razonablemente a la felicidad. Resulta, pues, una ética y no una filosofía de la naturaleza o una ontología. El abandono de la actitud teórica de respeto a la naturaleza —pues se considera que toda actitud dogmática es incompatible con la felicidad— conduce a un hombre nuevo que rompe con la realidad al vivir sin creencias y se sitúa en la indiferencia. ¿Es aun así, posible, vivir sin creencias? Para Pirrón, hay cosas con las que no se puede ser indiferente, como por ejemplo la familia o la patria.

La evolución de la escuela platónica hacia un cierto escepticismo resultó como consecuencia de transformar la duda socrática, que era utilizada como método de aprendizaje, en un fin en sí misma. Contra el estoicismo, el académico Arcesilao defendió dialécticamente el escepticismo. La comprensión de la realidad defendida por los estoicos a partir de la *phantasia kataleptiké* (que podemos traducir por «representación completa indudable») que el sabio puede obtener, es contrapuesta a la necesaria *epokhé* o suspensión del juicio asertivo ante la incertidumbre de todo conocimiento. De resultados de ello, el criterio de acción acontece meramente *enlogon*, «razonable». Carnéades, insatisfecho con la acomodaticia resolución pirrónica y con la casi certeza de Arcesilao, quiso hacer del escepticismo una doctrina positiva, lo cual es inconsistente desde el escepticismo radical de un Sexto Empírico, por ejemplo. Pragmatista absoluto, Carnéades sostiene que el criterio de acción resulta ser aquello probable, *pithanon*, aquello que genera confianza, aquello que seduce más fuertemente. En esta deriva que el autor

nos va relatando se puede ver cómo la *certeza* va sustituyendo decididamente a la *verdad*. A estos dos filósofos citados se dedican dos apartados importantes del libro. El siguiente apartado se dedica a repasar los «sucesores ambiguos de la Academia», a saber, Clitómaco, Metrodoro de Estratónica, Filón de Larisa y Antíoco.

Parece que el autor en ocasiones no vea suficientemente clara la platonicidad del rostro dibujado por los académicos escépticos. Es así, por ejemplo, que en ocasiones da la razón a sus antagonistas (cuando en la p. 19 supone en Platón una voluntad de «cerrar» el sistema: «dialéctica finitista y cerrada»; cf. p. 34: «pensamiento dogmático de Platón»). Aun así, como bien reporta citando Cicerón hablando de Platón, *cuius in libris nihil affirmatur te in utramque partem multa disseruntur, de omnibus quaeritur, nihil certi dicitur* (Ac. I.12.46). El autor tiende a hacer más auténticamente escéptica la tradición pirrónica que no la tradición académica y considerarla central en el conjunto de la filosofía griega. Con ello sostiene su excelente reconstrucción histórica sobre un juicio de valor sobre el idealismo especulativo de Platón y de Aristóteles, y no nos aclara tampoco hasta qué punto y con qué vigencia la posición de Sexto Empírico (que asimilaría el escepticismo exclusivamente al pirronismo) es dominante respecto de la de Aulo Gelio (que indicaría que habría una posición común pese a las diferencias entre académicos y pirrónicos).

Uno de los méritos del libro es la preocupación por mostrar la actualidad o modernidad de los argumentos debatidos (sin ser exhaustivos: por ejemplo, a partir de la p. 124, encontramos referencias a la actualidad en las pp. 130, 136, 137, 140, 141, 142, 158). Otra de las consecuencias virtuosas del estudio profundo que desde hace años nos proporciona Ramón Román sobre el escepticismo clásico es que de la aclaración del escepticismo surge también una aclaración del panorama filosófico griego en su conjunto. Es desde esta perspectiva que es necesario entender y aten-

der los resultados que nos presenta en su último libro. La clave es clara: el final del escepticismo académico y la conversión de la Academia platónica al estoicismo, fue lo que llevó a autores como Enesidemo a buscar e instaurar una nueva línea escéptica que pudiera sustituir el escepticismo académico platónico. Enesidemo reconoció a Pirrón como el iniciador de un escepticismo radical que acabaría finalmente en Sexto Empírico. Es después de Enesidemo que se podrá hablar de 'pirrónicos' como sinónimo de *escépticos* (el autor reserva el término '*pirronianos*' para los discípulos y continuadores de Pirrón).

En palabras del autor: «Es bastante plausible que el intento de recuperación del escepticismo que realiza Enesidemo fuese provocado por la actitud de Antíoco de anular el escepticismo académico. Enesidemo aprovechó esta posición cada vez más dogmática de la Academia para conectar el escepticismo con otro origen no académico. Se presentaba la ocasión de encontrar los precedentes filosóficos de la posición rigurosamente escéptica, y se encontraron en Pirrón, que encarnó mejor que cualquier otro —como dice Sexto— los principios de la escéptica» (pp. 167-168). «Curiosamente, la Academia se abandonó, el escepticismo sobrevivió, pero el platonismo como consecuencia de esa transformación al estoicismo se debilitó, desapareció hasta su recuperación en el neoplatonismo, con las consecuencias ya conocidas» (p. 170).— JOSEP MONSERRAT MOLAS.

GÓMEZ CAFFARENA, JOSÉ, *El Enigma y el Misterio. Una filosofía de la religión* (Trotta, Madrid, 2007). 700 pp.

Para los primeros discípulos del profesor G. Caffarena, que recuerdan la formación clásica en Humanidades, la aparición largo tiempo esperada de su obra sobre Filosofía de la Religión hace que broten espontáneamente dos citas de Virgilio: «*Expectata dies aderat...*» y «*Tantae molis erat...*». «Llegó el día esperado...», «Tanto

esfuerzo costó...». Desde que aparecieron los tomos de su trilogía: *Metafísica fundamental*, 1969; *Metafísica trascendental*, 1970, y *Filosofía de la Religión*, en colaboración con Juan Martín Velasco, 1973, se anunciaba la preparación de esta obra, que sólo ha visto la luz, tras mucha revisión, cuatro décadas después. Si la trilogía era ya obra de madurez, la que ahora recensamos consuma la maduración de un pensamiento que, después de pasar por la complejidad, retorna a la simplicidad.

El título es emblemático: enigma y misterio. El autor, siempre filósofo crítico, evita la tentación de afirmar más de lo que sabe y se detiene respetuosamente ante el umbral del más allá. El creyente esperanzado, que se vive envuelto y sostenido por un misterio que lo desborda, nunca cierra la puerta en su filosofía a la pregunta por la Trascendencia, a sabiendas de que la respuesta se nos escapa siempre como el agua del cuenco de las manos se desliza entre los dedos. Por eso el filósofo no cesa de preguntar por el misterio entrevisto, pero indemostrable, y justifica el derecho de la filosofía a cuestionar y pensar la religiosidad. Puede el pensamiento filosófico llegar a preguntarse sobre aquello que lo ha suscitado (p. 13). Pero, a la hora de las respuestas, la especulación metafísica no gozará privilegio de monopolio. El autor, que comenzó repensando la Metafísica, ha dado cada vez mayor peso en su reflexión al lenguaje bíblico y a la referencia a la historia de las religiones. Su filosofar se mueve en una neblina, en la que solamente se aclara el camino a medida que se avanza. La filosofía puede ser «iluminación» humana de un misterio al que apuntan las tradiciones religiosas de la humanidad (p. 14). Se impone la perplejidad, palabra clave en la obra del autor, interrogador ante el enigma, que le da qué pensar, y ante el misterio, que le infunde esperanza. Pero la realidad de la vida plantea más preguntas de las que somos capaces de responder (p. 15). Llaman la atención en el estilo del autor los paréntesis, matizaciones y